

LA CONEXIÓN ETRUSCA

Sin restos como los de la antigua ciudad de Tarquinia no sabríamos gran cosa de los etruscos. Todavía nos aporta nuevas pistas en la actualidad.

JULIÁN ELLIOT, PERIODISTA



Decir que la arqueología es una ciencia histórica de la mayor importancia es una obviedad. Sin embargo, conviene subrayarlo en el caso de los etruscos. Esta disciplina adquiere en ese campo una relevancia aún mayor que la habitual. Porque el estudio de los restos materiales producidos por "la primera civilización urbana del norte mediterráneo", como afirma la UNESCO, "la única [...] de tipo urbano en la Italia prerromana", resulta imprescindible para conocer este pueblo de la Antigüedad. Los etruscos son poco abordables por otros medios.

No escribieron crónicas de sí mismos y, aunque lo hubiesen hecho, su lengua presenta todavía aspectos indescifrables. Sí se refirieron a ellos los griegos y los romanos, pero sus textos están teñidos de intereses propios; son una fuente tan valiosa como a veces cuestionable. De ahí la enorme trascendencia de vestigios no verbales, pero tan tangibles e irrefutables como los monumentos, las obras de arte y los ajuares hechos en Etruria. Entre ellos, en primer lugar los de índole funeraria, por su carga informativa, belleza y abundancia. Estas reliquias mortuorias de todo tipo, arquitectónicas, pictóricas, escultó-

ricas y objectuales, no solo constituyen a menudo creaciones estéticas magníficas. Son, ante todo, las únicas herramientas disponibles para elaborar un relato objetivo de una cultura que, con la griega, fue la máxima influencia de la romana, a su vez raíz de la occidental. Pues bien, de todos los yacimientos etruscos, solo dos han merecido la incorporación al Patrimonio Mundial de la Humanidad que gestiona la rama cultural de la ONU. Estos, Cerveteri y Tarquinia, están situados a unos cincuenta kilómetros entre sí, a poco más de una hora en coche de Roma, siguiendo hacia el norte la costa del mar

Tirreno. Fueron reconocidos por la UNESCO en 2004 con una denominación conjunta. Estos dos sitios arqueológicos se encuentran en una zona estratégica: en la transición entre el área metropolitana de la capital y la campiña toscana.

Mil años de civilización

Esta fértil región litoral formó en la Antigüedad el sur de Etruria, que se terminaba confundiendo, como hoy, con el Lacio septentrional. A juzgar por los testimonios encontrados en Cerveteri y Tarquinia, se trató del territorio más floreciente de la Liga Etrusca. Allí, en la costa central del

Tirreno, se hallaban cuatro de las doce ciudades-estado que componían esta confederación. La coalición se extendía por la actual Toscana—llamada así precisamente por los tusci, etruscos en latín—y parte del Lacio y la Umbría. Esto antes de conquistar hacia el sur porciones de la Campania y hacia el norte, la Emilia-Romaña y sectores de la Lombardia y el Véneto. Probablemente nativos de la península itálica, se sabe que los etruscos comenzaron a mostrar rasgos propios hacia el siglo IX a. C. Fue a partir de la cultura de Villanova, lugar donde se hallaron los primeros restos, en la Emilia-Romaña. Sin embargo,



TUMBAS fúnciformes (arriba) y mausoleos (abajo). A la izquierda, sarcófago de un sacerdote, Tarquinia, s. I a. C.



hubo otros dos focos primigenios. Uno de ellos, en los montes de la Tolfa, que se levantan entre Cerveteri y Tarquinia. O sea, que ambos asentamientos no solo fueron los más grandes, influyentes y ricos de Etruria, sino también los enclaves más antiguos entre los que prosperaron. Enmarcada en el milenio anterior a la era actual, la civilización etrusca alcanzó su apogeo coincidiendo con la monarquía y la república temprana de Roma, entre los siglos VII y V a. C. Y terminó su ardua existencia como colectivo identificable justamente al terminar de ser fagocitada por la ciudad del Tiber. Esta absorción,

Llega la “etruscomanía”

TARQUINIA NO PUDO BRILLAR HASTA EL SIGLO XIX

Aunque hay crónicas medievales de la Toscana que se hicieron eco de la civilización etrusca, esta solo despertó un interés firme tras el Renacimiento. Fue cuando los Medici y otros señores locales la emplearon como propaganda para dar una pátina de antigüedad a la identidad regional. Así fue como nació la etruschería, una etruscomanía que campó en Italia durante la Ilustración y derivó en las primeras excavaciones auténticamente científicas en el siglo XIX. Tarquinia se convirtió en una diva arqueológica en esta nueva etapa.

ARTE BAJO LA TIERRA

Ocurrió al surgir de las entrañas de Monterozzi sepulcros pintados como la tumba de la Doncella en 1865 o, en la década siguiente, las de la Caza y la Pesca, de las Leonas, de los Bacantes y de los Leopardos (dcha.). El s. XX reveló aún más hipogeos con frescos espectaculares. A ellos se sumaron hallazgos tarquinieses de mayor antigüedad, relativos a la Cultura de Villanova (como una necrópolis en la Villa Bruschi Falgarí en 1998), o estudios a conciencia de Gravisca, el arcaico puerto de la ciudad y el más activo de la Etruria meridional. En 2010 apareció el fresco mortuario más antiguo hasta ahora de Tarquinia, de las décadas centrales del siglo VI a. C., en el túmulo de la Reina.

SELFIS DEL PASADO

Este impresionante legado pictórico ha ido supliendo las carencias epigráficas y de otras

fuentes a la hora de arrojar luz sobre la oscura civilización asimilada por la romana. Gracias al estudio de los murales funerarios, hoy se sabe que hombres y mujeres etruscos participaban en los banquetes en pie de igualdad. Se ve en la tumba de los Escudos, restaurada el pasado septiembre de 2018, o en la más famosa de los Leopardos. O que disfrutaban de la tauromaquia (de los augures), estaban familiarizados con mitos helenos como los de Agamenón o Caronte (del Orco y de los Carontes), no se privaban de audaces juegos eróticos (de la Fustigación) o poseían una compleja perspectiva ultramundana (del Cardenal y del Tifón).

NO SOLO PINTURA

Más allá de ese rico universo gráfico, los etruscos produjeron escultura de primer orden. Los magníficos caballos alados del siglo IV a. C. (en la pág. opuesta) que se encontraron en el altar



de la Reina en 1928 se han erigido en el emblema del Museo Arqueológico Nacional de Tarquinia, donde se conservan. Allí también se exhiben frescos removidos, sarcófagos, vasos, joyas y otros objetos cuya calidad recuerda la fama que tenía Etruria en la Antigüedad como cuna de grandes artesanos. Sin olvidar curiosos testimonios de su amplia red comercial por el Mediterráneo, como huevos de avestruz importados del Delta del Nilo.

paulatina y jalonada por muchas guerras, las últimas en el III a. C. en las inmediaciones de Tarquinia, concluyó en la época fundacional del Imperio.

Aunque dejó de tenerse noticias de los etruscos en esas fechas, su estela ha permanecido desde entonces por su incrustación en el legado romano. No es para menos. Latinos, sabinos y etruscos, a veces aliados y otras enemigos de la ciudad de Rómulo, contribuyeron a forjar, en tanto vecinos más próximos, la esencia misma de la romanidad. Hasta tal punto que de los siete reyes semilegendarios que gobernaron la necrópolis arcaica, los tres últimos (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio) eran de linaje etrusco.

A imitación de la vida

También costumbres tan romanas como las carreras de caballos—que despertaban pasiones masivas al nivel del fútbol actual—, los juegos circenses, el teatro o los banquetes opíparos se debieron a la

influencia etrusca, anterior a la griega. Sin olvidar que, al menos según la tradición, edificaciones emblemáticas de Roma, desde el sacrosanto templo de Júpiter en el Capitolio a la inmundicia pero vital Cloaca Máxima, se levantaron bajo los monarcas mencionados, que además erigieron el colosal Circo Máximo o el primer sistema integral de defensas urbanas.

LOS ETRUSCOS, A VECES ALIADOS Y OTRAS ENEMIGOS, CONTRIBUYERON A FORJAR LA ESENCIA DE ROMA

Con estos antecedentes, no sorprende que ya el emperador Claudio, el cultivado sobrino nieto de Augusto, escribiera un estudio pionero de la etruscología en cuanto se perdió el rastro vivo de este pueblo. Cirsia y Tarchia, Cerveteri y Tarquinia en lengua etrusca, han producido una fascinación similar una vez convertidas en objeto de análisis arqueológico. Se debe a sus necrópolis.

Con enterramientos del siglo IX al I a. C., estas necrópolis abarcan todas las etapas evolutivas de la civilización desaparecida. Las tumbas van desde simples fosas y pequeños regatillos fungiformes hasta túmulos de casi veinte metros de diámetro levantados sobre sepulcros rupestres ricamente decorados, pasando por mausoleos que emulan las cabañas circulares de la

Etruria rural. Esta serie de construcciones, en un estado espléndido dada su antigüedad, ofrece tanto un catálogo exhaustivo de la arquitectura fúnebre etrusca como una recreación fiel de la residencial. De hecho, son la única huella—y, además, tridimensional—de esta última. El cementerio próximo a Cerveteri, la Banditaccia, lo ejemplifica como ningún otro. Es una auténtica ciudad en erria-

tura, con breves avenidas, plazas y barrios, lo que permite conocer cómo era el urbanismo etrusco. Ahora bien, pese a este poder de evocación, no hay máquina del tiempo comparable a Tarquinia.

Etruria a todo color

Yacimientos vecinos de primera magnitud (como diversas necrópolis, la antigua acrópolis—hoy llamada La Civita, con el templo del Altar de la Reina como su estrella—y el derruido puerto tirreno de Gravisca) representan, junto con el Museo Arqueológico Nacional de Tarquinia, los mayores vehículos existentes hacia la cultura etrusca. Estos lugares han suministrado o conservan hallazgos sumamente variados de los etruscos. Sin embargo, de entre todos ellos destacan los pictóricos.

Son especialmente llamativos los coloridos frescos que decoran los muros de las tumbas subterráneas en el cementerio de Monterozzi, el más importante (con unos seis mil sepulcros, doscientos de ellos

con pinturas y cerca de sesenta visitables), así como los trasladados al museo. Ambos espacios reúnen la pinacoteca etrusca por excelencia. Ningún otro punto del planeta concentra una galería tan vasta, diversa y espléndida acerca de esta civilización aún tan enigmática.

Las imágenes no solo poseen una gran categoría artística. También ilustran con múltiples pormenores el estilo de vida y las creencias de los etruscos. Recrean desde su orden social, sorprendentemente igualitario entre hombres y mujeres—al contrario que el férreo patriarcado de sus contemporáneos griegos y romanos—, hasta aspectos tan íntimos como su visión del más allá, sus miedos atávicos o sus prácticas sexuales.

Las escenas de Tarquinia, además, representan de rebote un insólito tesoro de la antigua Grecia. De esta se conservan escasos testimonios originales de pintura mural. Casi todo lo que ha llegado a la actualidad es copia romana. Salvo ex-

cepto de los frescos de la tumba de la Reina en 1928 se han erigido en el emblema del Museo Arqueológico Nacional de Tarquinia, donde se conservan. Allí también se exhiben frescos removidos, sarcófagos, vasos, joyas y otros objetos cuya calidad recuerda la fama que tenía Etruria en la Antigüedad como cuna de grandes artesanos. Sin olvidar curiosos testimonios de su amplia red comercial por el Mediterráneo, como huevos de avestruz importados del Delta del Nilo.

PARA SABER MÁS

ENSAYO

BAGNASCO GIANNI, Giovanna y BORGHI JOVINO, Maria. *Tarquinia. Il santuario dell'Ara della Regina. I templi arcaici*. Roma: L'Erma di Bretschneider, 2012. En italiano.
 ELVIRA BARBA, Miguel Ángel. *Arte etrusco y romano*. Madrid: Escalar y Mayo, 2017.
 UZZET, Vedia. *The Archaeology of Etruscan Society*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007. En inglés.
 LEIGHTON, Robert. *Tarquinia. An Etruscan City*. Londres: Duckworth, 2004. En inglés.
 SMITH, Christopher. *Los etruscos. Una breve introducción*. Madrid: Alianza, 2016.